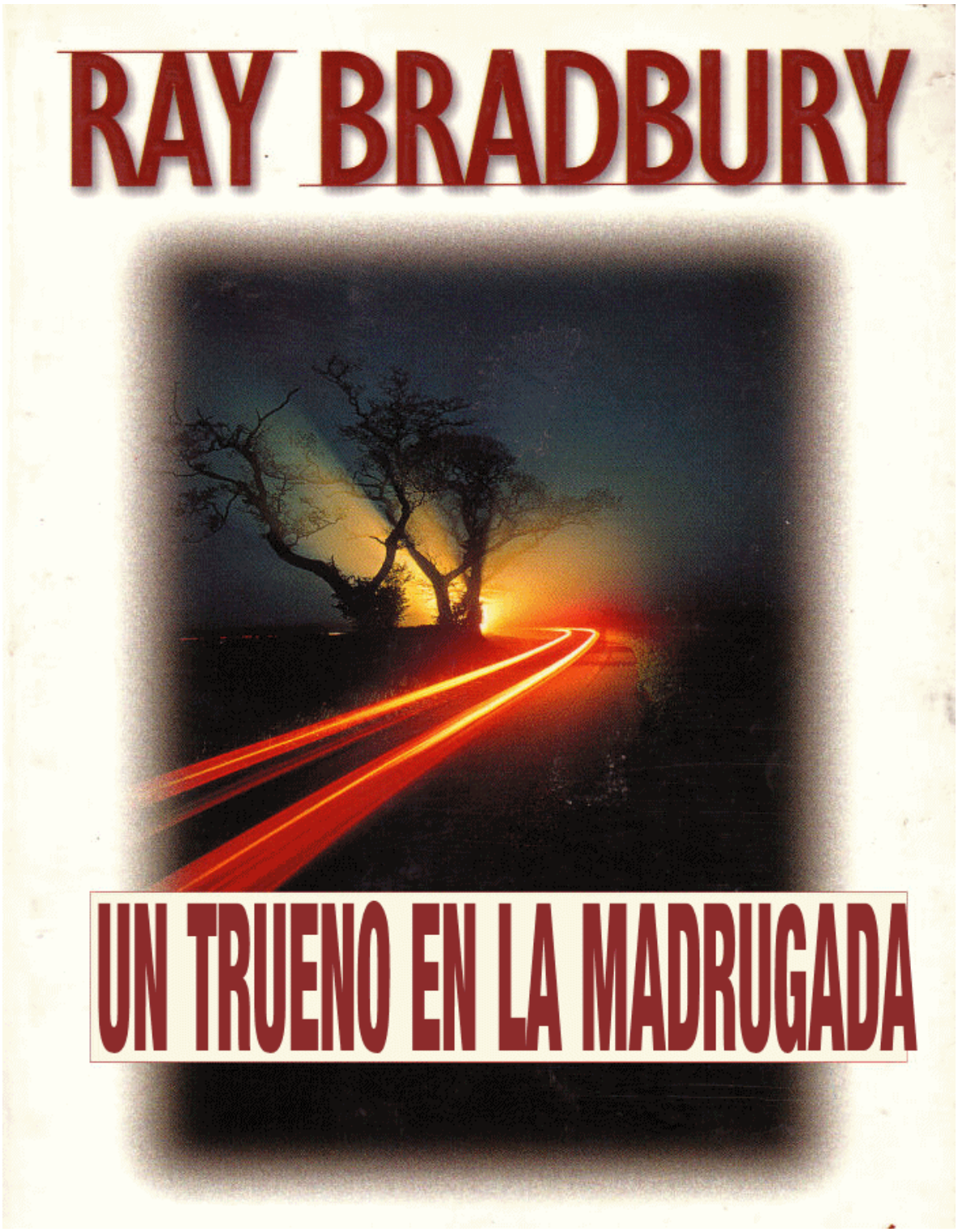
UN TRUENO EN LA MADRUGADA
RAY BRADBURY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AL PRINCIPIO PARECÍA UNA TORMENTA LEJANA, UN ATISBO de truenos, el trémulo bramido del viento en la distancia. El reloj del centro cívico había dejado desiertas las calles. Horas antes, al levantar la vista hacia la enorme esfera blanca, la gente había procedido a doblar el periódico, abandonar las hamacas del porche, enclaustrarse en las casas que poblaban la noche estival, apagar las luces y entregarse a la frescura de la cama. Todo por obra de aquel reloj que oteaba el parque del centro cívico. No quedaba ni un alma en la calle. Las altas luces del alumbrado hacían relucir el asfalto. En ocasiones, se desprendía alguna hoja de un árbol y caía con un resonante crepitar. Tan cerrada era la noche que no se veían las estrellas. ¿Por qué? Vaya uno a saber. Salvo que todo el mundo tenía los ojos cerrados y, entonces, ¿quién podía ver las estrellas? Así de oscura era la noche. Claro que si uno espiaba a través de una que otra persiana, quizás habría divisado apenas un puntito de luz roja, algún hombre alimentando su insomnio con nicotina sentado en una lenta mecedora en la penumbra de la habitación. Tal vez hasta se oyera una tos apagada o el roce de las sábanas de alguien que se volvía entre sueños. Pero en la calle no había siquiera un cansino policía de ronda con su bastón señalando el suelo.

El débil trueno despuntó en la lejanía. Al comienzo, el ruido llegaba desde el otro lado del pueblo, de la otra orilla de la barranca, recorriendo la calle a tres cuadras de la profunda negrura. Giró en ángulo recto aquel atronador sonido y, luego, cruzó la barranca por el puente de la calle Washington bajo la luz noctámbula, dobló una esquina y... ¡al fin apareció, dominando la calle!

En medio de un ululante soplido aspirador que restregaba el pavimento flanqueado por las casas y los árboles, avanzaba la estruendosa máquina barredora del señor Britt. Un impetuoso huracán que se arremolinaba, susurraba, zumbaba, palpaba a su paso la calle con grandes cepillos giratorios que parecían tapas de cloacas con cerdas, dando vueltas y vueltas, y otro cepillo similar a un gigantesco palo de amasar o que removía todas las mundanas trivialidades desparramadas por el hombre: talones de unas entradas para el espectáculo que habían ofrecido esa noche en el Elite; la envoltura de papel de una tableta de chicle, ahora abandonada sobre una cómoda como una minúscula bala de cañón de insípida y mascada elasticidad, y el papel de un caramelo masticable que había terminado oculto y muy plegado en las pequeñas entrañas de un niño que dormía en la habitación mágica de la cúpula de una casa. Boletos de tranvía con destino a Chessman Park, Live Oak Mortuary, North Chicago y Zion City; volantes de promoción de peinados en aquel nuevo local cromado de la calle Central... Todo, todo era devorado por el inmenso bigote móvil de la máquina. Y sobre ella, cual poderoso dios, montado en su asiento de cuero y metal, iba el señor Roland Britt. Era un hombre de treinta y siete años, esa extraña edad que media entre el ayer y el mañana, y a su manera, constituía una réplica de la máquina que guiaba con sus orgullosas manos al volante. Tenía un bigotito rizado, pequeños rulos que parecían ensortijarse aún más bajo las luces que iban quedando atrás y una naricita que vivía en perpetuo asombro ante el mundo, aspirándolo todo y exhalando por la asombrada boca. Es más, sus manos siempre estaban tomando cosas pero jamás daban nada. Él y la máquina, sí, eran casi, casi iguales. No había sido así desde el principio. No podría señalarse un instante preciso en que Britt hubiera adquirido ese parecido. Pero tras manejarla un tiempo, aquella máquina entraba por el trasero y se propagaba a través de los órganos hasta revolucionar la digestión y hacer bailar el corazón como un pequeño trompo rosa. Por otra parte, tampoco la máquina había decidido parecerse a Britt. Es que las máquinas también cambian y, en forma imperceptible, van volviéndose como sus amos.

La barredora se conducía con mayor mansedumbre que la que había ostentado bajo el dominio de un irlandés de apellido Reilly. Al mando de Britt, surcaba las calles de la media-noche arrojando ante su paso delgados hilos de agua para humedecer aquellos desechos de caprichos antes de barrerlos hacia su garguero. Evocaba a una ballena nadando en mares que servían de espejo a la Luna, con la boca llena de barbas que colaban y colaban los saciadores boletos crustáceos y los pececillos de envoltorio de caramelo que integraban el plateado cardumen de papel picado morador de los bajíos del río de asfalto. Pese a su pecho hundido,

el señor Britt se sentía como un dios griego que traía las lloviznas primaverales de las regaderas para expurgar al mundo de los pecados arrojados por el hombre.

Cuando ya llevaba recorrida la mitad de la calle Elm, con las patillas de cerda encrespadas y el bigotón comiendo ávido del pavimento, el señor Britt dio un recreo a su celo profesional y desvió bruscamente el descomunal torbellino a uno y otro lado de la calle para lograr succionar una rata.

-Ja! ¡Te atrapé!

Había divisado al enorme animalejo gris, horripilante y tiñoso cuando pretendía cruzar de una acera a otra bajo el resplandor de un farol. Un cepillazo y... ¡zas! El inmundo roedor ya se encontraba en el interior de la máquina, siendo digerido por la sofocante marea de papel y hojas otoñales.

Siguió la marcha con su tromba por los desolados ríos nocturnos, dejando tras él estelas recién regadas y barridas.

"Mi escoba mágica y yo", fantaseó. "Soy un brujo volando bajo la luna de otoño. Pero un brujo bueno. Como el brujo bueno del este... ¿así se llamaba aquel personaje del libro del mago de Oz que leí a los seis años, cuando tuve tos convulsa?"

Pasó sobre innumerables rayuelas dibujadas por niños ebrios de felicidad, a juzgar por lo irregular del trazo. Iba aspirando afiches de teatro rojos, lápices amarillos y monedas de diez centavos y hasta de veinticinco.

-¿Qué fue eso?

Dio vuelta la cabeza y miró hacia atrás.

La calle estaba desierta. Una vorágine de árboles oscuros pasaba a su lado, rauda, muy veloz, chasqueando ramas que le golpeteaban la frente. Pero, en medio del rugiente trueno, había creído oír un grito de auxilio, una suerte de llamado desesperado.

Recorrió con la vista todo su entorno.

-No, no fue nada.

Continuó avanzando sobre sus remolinantes escobas. -¡Otra vez!

En esta oportunidad casi se cae del asiento de tan vivo que fue el grito. Miró a los árboles por si tal vez había algún hombre trepado dando alaridos. Alzó la vista hacia las pálidas luces de la calle, descoloridas de tantos años de brillar. Bajó los ojos en dirección al asfalto, aún tibio por el calor del día. Se oyó el grito otra vez.

Habían llegado a la orilla de la barranca. El señor Britt detuvo el motor de su máquina. Las cerdas aún daban vueltas. Apagó una a una las escobillas giratorias. Se hizo un silencio ensordecedor.

-¡Sáquenme de acá!

El señor Britt clavó la vista en la voluminosa superficie metálica del tanque recolector de la barredora.

Había un hombre adentro.

-¿Qué dijo?

Era una pregunta absurda, pero ya estaba hecha.

-¡Sáquenme de acá! ¡Auxilio! ¡Socorro! -clamaba el hombre desde el interior de la máquina.

-¿Qué pasó? -preguntó el señor Britt, sin desviar la mirada.

-¡Me recogió con su máquina!

-¡¿Que yo qué?!

-No se quede ahí hablando como un idiota y muévase. Sáqueme de acá. ¡Voy a morir sofocado!

-Pero es imposible que se haya metido en la máquina -contestó el señor Britt. Bajó una pierna, luego la otra, y por fin se despegó del asiento. Sintió un súbito escalofrío. -Por esa abertura no puede pasar un hombre ni nada de semejante tamaño. Además, los rodillos hubieran impedido que usted fuera aspirado. Y, encima, no recuerdo haberlo visto. ¿Cuándo fue?

El tanque guardó silencio.

-¿Cuándo fue?

Aún no recibía respuesta. El señor Britt hizo memoria. Las calles estaban totalmente desiertas. Lo único que había era hojas y envoltorios de chicle vacíos. No había ningún hombre en ningún lado. El barrendero tenía una vista de lince. Jamás se le hubiera pasado por alto que un peatón se cayera.

La máquina aún permanecía extrañamente callada.

-¿Está ahí? -preguntó el señor Britt.

-Estoy acá -respondió el hombre atrapado con un dejo de fastidio-. Y me estoy ahogando.

-Contésteme, entonces. ¿Cuándo se metió en la máquina?

-Hace un rato.

-¿Y por qué no gritó en ese momento?

-Me golpeé y quedé inconsciente-explicó el hombre. Pero en su voz había cierto tono de vacilación, de vaguedad, de morosidad. La certeza de que estaba mintiendo asaltó como un rayo al señor Britt. -Levante la tapa, hágame el favor. Déjese de hacer preguntas estúpidas -dijo la voz encerrada-. Nunca se ha visto nada más ridículo que un barrendero conversando en plena medianoche con un hombre atrapado dentro de su máquina. ¡Qué va a pensar la gente! -Se interrumpió, tosió ruidosamente y escupió un salivazo. -Estoy por morir ahogado. ¿Quiere que lo metan preso por homicidio?

Pero el señor Britt no estaba prestándole atención. Se encontraba arrodillado mirando las piezas metálicas y las escobillas que había debajo de la máquina. No, era absolutamente imposible. Esa abertura de abajo tenía apenas treinta centímetros. No había manera de que una persona fuera succionada por ahí. Además, no iba conduciendo a mucha velocidad. Más aún, los cepillos giratorios hubieran hecho rebotar el cuerpo delante de la máquina. Y, en definitiva, ¡él no había visto a ningún hombre!

Se incorporó. Advirtió que tenía la frente empapada de sudor. Se la secó. Le temblaban las manos. Apenas podía mantenerse en pie.

-Si abre, le doy cien dólares-dijo el hombre desde el interior del tanque.

-¿Por qué me va a sobornar para que le abra? Al fin y al cabo, lo lógico es que lo libere. Si yo lo aspiré, es mi obligación sacarlo de ahí, ¿no? Pero resulta que usted me viene con que me va a pagar, como si yo no quisiera dejarlo salir, o como si usted creyera que sé de algún motivo para no dejarlo salir. Explíqueme. ¿Por qué?

-¡Estoy muriéndome y usted me sale con disquisiciones! Pero ¡por favor! -replicó el hombre entre toses. Se oyó un feroz forcejeo y aporreo en el interior del tanque. -Esto está lleno de tierra, hojas y papeles. ¡No puedo moverme!

El señor Britt no se movió de donde estaba. Al cabo de un momento, dijo con voz clara y firme:

-No es posible que haya un hombre en el interior de mi máquina. La conozco muy bien. Usted no tiene nada que hacer ahí adentro. Y yo no le pedí que se metiera, así que la responsabilidad es suya.

-Acérquese un poco más...

-¿Qué?

-¡Escúcheme!

Britt pegó la oreja al metal tibio. Estoy acá adentro -susurró la voz aguda, la dulce voz aguda que iba apagándose-. Estoy acá adentro y no tengo nada de ropa puesta.

-¡Qué! -El señor Britt sintió que le temblequeaban las manos y los dedos se le crispaban unos sobre otros. Los ojos se le dieron vuelta en un espasmo y casi no podía ver.

-Estoy acá adentro y no tengo nada encima -repitió la voz. Tras una prolongada pausa, añadió: -¿No quieres verme? ¿Eh? ¿No tienes ganas de verme? Acá estoy, esperando...

El barrendero quedó paralizado junto a su corpulenta máquina durante diez eternos segundos. El metal del tanque que tenía a treinta centímetros de la cara le devolvía el eco de

su respiración.

-¿Me oíste? -susurró la voz.

Britt asintió con la cabeza.

-Entonces levanta la tapa. Déjame salir. Ya es la madrugada. Todo el mundo duerme. La noche está oscura. Vamos a estar solos...

El dueño de la máquina podía oír cómo le palpitaba el corazón.

-¿Y? -dijo insinuante la voz.

El señor Britt tragó saliva.

-¿Qué esperas? -preguntó la voz en tono sensual. El sudor bañaba la cara del amo del trueno.

No hubo respuesta. La violenta respiración que por un rato se había oído en el tanque cesó súbitamente. Los pesados golpes se interrumpieron.

El señor Britt volvió a pegar la oreja contra la máquina.

Ya no se oía nada, a excepción de lo que parecía un débil quejido bajo la tapa del tanque y un ruido en apariencia producido por una mano, quizá seccionada del brazo, que forcejeaba por propia voluntad. Sonaba como algo muy pequeño que se movía en el interior.

-Me metí acá para dormir -habló el hombre al fin.

-Ah, ¿sí? Ahora no me va a negar que miente -replicó Britt.

Subió a la callada máquina y se acomodó en el asiento de cuero. Pisó un pedal y encendió el motor.

-¿Qué hace? -gritó de pronto la voz desde debajo de la tapa. Se sintieron cimbronazos amortiguados. Y otra vez los golpes de un cuerpo voluminoso. Y nuevamente la respiración pesada. Fue todo tan inesperado que el barrendero por poco cae de su varal. Volvió la cabeza hacia la tapa.

-No, de ninguna manera. No voy a dejarlo salir -dijo.

-¿Por qué? -chilló la voz agonizante.

-Porque tengo que seguir trabajando.

El señor Britt puso la máquina en marcha. El trueno barredor de los cepillos y el rugido del motor ahogaron los gritos de desesperación del hombre atrapado. Con la vista al frente, los ojos húmedos y las manos firmes al volante, el barrendero condujo su máquina restregando las taciturnas avenidas del pueblo dormido durante cinco, diez minutos, media hora, una, dos horas más, barriendo y fregando sin cesar, aspirando boletos, peines y etiquetas desprendidas de latas de sopa.

Tres horas más tarde, a las cuatro de la mañana, se detuvo junto al vasto montículo de basura que se derrumbaba cuesta abajo cual singular alud por la umbría barranca. Dio marcha atrás hasta que la máquina quedó al borde del despeñadero y apagó el motor durante un momento.

No se oía ruido alguno en el interior del tanque. Aguardó, más lo único que quebró el silencio fue el pulso de sus muñecas.

Movió una palanca. La carga completa de ramas, tierra, papel, boletos, etiquetas y hojas se deslizó hacia el borde de la barranca. Esperó hasta asegurarse de que no quedaba nada en el tanque. Luego, accionó otra vez la palanca y la tapa se cerró de un golpe. Dio vuelta la cabeza, contempló un instante el mudo y compacto montículo que acababa de depositar y se marchó manejando por la calle.

Vivía a apenas tres casas de distancia de la barranca. Estacionó frente a su casa y se fue a la cama. Se quedó en su silenciosa habitación sin poder dormir. De vez en cuando, se levantaba para mirar por la ventana la montaña de basura que había dejado a orillas del despeñadero. En una oportunidad, llevó la mano al picaporte y abrió la puerta, pero enseguida la cerró y volvió a la cama. Mas no pudo conciliar el sueño.

A las siete de la mañana, cuando oyó aquel sonido mientras se preparaba café, sintió por fin cierto alivio. Se trataba del joven Jim Smith, el muchacho de trece años que vivía al otro lado de la barranca. Jim venía silbando por la calle camino al lago, adonde se dirigía a pescar.

Pasaba todas las mañanas tempranito y silbando envuelto en la neblina y siempre se detenía para hurgar la basura depositada por el señor Britt en busca de monedas de diez y de veinticinco centavos y tapitas de botellas de naranjada que se prendía en la pechera de la camisa. El barrendero corrió las cortinas de la ventana y, a través de la temprana neblina del alba, vio al pequeño Jim Smith que marchaba a paso brioso con una caña de pescar al hombro. Y del extremo de la tanza, oscilando como un péndulo gris en el rocío, pendía una rata muerta.

El señor Britt bebió el café, se metió en la cama y durmió el sueño de los héroes y de los inocentes.